

ISSN: 2007-6347

E-ISSN: 2683-2836

Recibido: 12/04/2024

Aprobado: 16/04/2024

Publicado: 27/05/2024

FEMINISMO(S) Y NARRATIVA(S). DE CUERPOS, SANGRE Y GLITTER

Volumen 32, No. 4

Periodo: Abril – junio 2024

Pp.1-22

10.58299/edutec.v32i4.790

Autores:

Karen Guadalupe Hernández Correa

Universidad Autónoma Chapingo

Departamento de Sociología Rural

Texcoco, Estado de México

kdz.summer@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0001-6486-9360>

Feminismo(s) y narrativa(s). De cuerpos, sangre y *glitter*

Feminism(s) and narrative(s). Of bodies, blood, and glitter

¿Cómo respondemos? ¿Con la voz entrecortada? ¿Con el cuerpo?
¿Con la lata de aerosol? ¿Con un coctel molotov? ¿Con toda nuestra
rabia? ¿Con nuestra inteligencia? ¿Con todo lo que tenemos y
somos? ¿Cuántas formas posibles de respuesta hay?

Tantas como nosotras.
Gabriela Jauregui.

Resumen

Este trabajo parte de una perspectiva teórica y analítica para discutir en torno a las narrativas del feminismo y sus adjetivaciones, de sus luchas y manifestaciones en el espacio público y político. Para ello, el escrito se divide en tres partes. La primera recoge los términos de feminismo y género para dar cuenta de la existencia de relaciones de dominación y subordinación entre hombres y mujeres; pero también para señalar que a partir de dichas categorías y sus manifestaciones concretas el análisis, la crítica y el embate son posibles. La segunda, versa sobre el papel de la diversidad humana, de los distintos cuerpos y voces en el ejercicio de la política y su sentido que es la libertad. La tercera, por su parte, señala la presencia de estrategias diversas para la apropiación del espacio público, rescatando que todas ellas tienen un hilo conductor: la preocupación por la vida.

Palabras clave: feminismo, narrativa y política.

Abstract

This work starts from a theoretical and analytical perspective to discuss the narratives of feminism and its adjectives, its struggles, and manifestations in the public and political sphere. For this purpose, the article is divided in three parts. The first one gathers the terms feminism and gender to account for the existence of relations of domination and subordination between men and women; but also, to point out that from these categories and their concrete manifestations, analysis, criticism, and confrontation are possible. The second deals with the role of human diversity, of the different bodies and voices in the exercise of politics and its meaning, which is freedom. The third, on the other hand, points out the presence of diverse strategies for the appropriation of public sphere, rescuing that all of them have a common thread: the concern for life.

Keywords: feminism, narrative, and politics.

Introducción

Hacer hincapié en el carácter histórico de los conceptos es una tarea esencial no solo dentro de las Ciencias Sociales, sino en cualquier línea de investigación e incluso como parte de la cotidianidad ya que el lenguaje evoluciona, no se mantiene estático. Los conceptos, al nombrar la realidad, ponen de manifiesto relaciones y estructuras que otrora no se habían concebido o que eran vistas de distinta forma. Los conceptos y categorías permiten analizar y criticar el pasado y el presente para hacer del futuro un lugar menos hostil y más abierto a la diversidad. Por ello, introducir palabras como feminismo(s), género, poder, lucha, pluralidad y política, permite tener una perspectiva más amplia sobre las relaciones humanas al tiempo que abre la discusión respecto a la naturalización de la opresión de la cual han sido objeto las mujeres desde hace siglos.

Conceptos como los anteriores invitan a pensar quiénes somos y dónde estamos parados. Ayudan a la comprensión y a la búsqueda de sentido. Pero no solo eso, también son un paso hacia la reivindicación desde la palabra y la acción política. Permiten hablar de viejos problemas a partir de nuevos contextos políticos, sociales y culturales. Los conceptos modifican las miradas y amplían la visión. Sacan a la luz los principios de jerarquización que asignan y distribuyen espacios y recursos a varones y mujeres. Llevan a repensar las experiencias de lo cotidiano cargadas de injusticias y exclusiones. Hacen posible, además, la discusión sobre la pluralidad humana y su potencialidad para la acción política e incluso invitan a pensar que otros mundos son posibles.

A pesar de que el campo de estudio en torno al feminismo es amplio y su sendero se bifurca en múltiples caminos, estos comparten una doble preocupación, la de la vida y la emancipación. Si bien la discusión comienza en el plano epistémico no se reduce a ella. Llega a la acción en el espacio público para visibilizar las injusticias y muertes, violencias y opresiones encarnadas en aquellos cuerpos considerados subalternos. Así pues, el feminismo, con su mirada intelectual y política, constituye un marco de interpretación de la realidad que se sirve de la categoría de género para cuestionar la lógica binaria de contradicción y exclusión de los sexos, misma que ayuda a explicar el hecho de que las mujeres hayan sido -y continúen siendo- relegadas del espacio público, así como de la esfera política.

Problema de investigación

De acuerdo con Millett (2010), “todo cambio emprendido sin una comprensión exhaustiva de la institución sociopolítica que se desea modificar está de antemano condenado a la esterilidad. El patriarcado es por necesidad el punto de partida de cualquier cambio social radical” (pp. 87-88) que reivindique la posición de mujeres y hombres. Por esta razón es necesario traer a discusión términos como feminismo y género en el marco de una sociedad cambiante, pero que alberga en sí y pese al paso del tiempo patrones de exclusión e invisibilización frente a determinados cuerpos que contravienen la narrativa imperante. En tal sentido y como señala Foucault (2022), “se trata, en efecto, de tener una percepción densa, larga del presente que permita identificar dónde están las líneas de fragilidad, dónde los puntos fuertes, a qué se han vinculado los poderes” (p. 175). La preocupación por el ahora, la mirada en lo que acontece, así como un análisis de lo sucedido, permite decir que los asuntos humanos no se conforman a partir de una sola historia, sino que el conjunto de ellas ha contribuido a dar forma al mundo tal cual es representando así la totalidad.

Las múltiples historias, en consecuencia, cuentan con un sinnúmero de actores y no solo los que la historia única (Adichie, 2009) ha señalado. En ellas se entretajan una serie de relaciones, espacios y luchas. Siguiendo a Millán (2020), “en el caso particular del movimiento de mujeres, estas conexiones conjugan una serie de experiencias de clase, de pertenencia étnica y de orientación sexual, que a su vez conllevan temporalidades y trayectorias heterogéneas” (pp. 211-212). De ahí la importancia de hablar de cuerpos y narrativas, en plural, para visibilizar lo humanamente otro. Esta línea de análisis remite a la pluralidad, es decir, a aquello que hace posible el mundo al tiempo que lo complejiza y enriquece.

En palabras de Arendt (2019b), “el mundo se muestra de modo diferente a cada hombre en función de la posición que ocupa dentro de él” (p. 52). Si bien son distintas opiniones las que derivan de esas múltiples posiciones el rasgo común es que todas parten de lo humano. La pluralidad, entonces, se hace manifiesta a partir del actuar y el pensar, actividades que en conjunto dan forma a la política y a las movilizaciones que de ella se derivan. Al mismo tiempo, hacen posible la distinción en el espacio público y permiten la interrupción, crítica y propuesta respecto a los cursos de acción que dan forma a lo social. Bajo esta idea de posicionamientos distintos frente a lo que se sucede es que los conceptos y categorías ayudan al tratamiento de la política y de la vida misma.

El feminismo es ejemplo de ello. Su concepción es distinta dependiendo de la esfera desde la cual sea abordado o, para decirlo con Adichie (2020), “el feminismo siempre es contextual” (p. 16). De ahí la importancia de ser preciso y reconocer que existen diferencias y particularidades históricas. Todas ellas han hecho camino para tener y gozar de lo que hoy es posible. Si bien esto es así, aún queda mucho por hacer. La urgencia o, como señala Jauregui (2020), “la necesidad de volver a la palabra, a tender puentes de reflexión y afecto [...] desde la celebración de la diferencia [...] para generar imaginaciones de otros presentes que construyan un futuro de vida y no de muerte” (p. 13) es imprescindible. Discutir en torno al feminismo permite ver en él no solo una categoría de análisis, sino también un movimiento político que busca otras relaciones sociales en las que la violencia y la exclusión, la invisibilización y sordera ante ciertas existencias no sean el eje de la reproducción social.

Objetivo

Analizar la categoría feminismo para dar cuenta de sus múltiples adjetivaciones y de las formas de movilización a partir de los cuerpos dentro de la esfera pública y política.

Método

Criterios de selección

La investigación se remitió a la búsqueda de fuentes especializadas en el tema tales como libros y artículos científicos. Dichos materiales se encuentran indizados y constituyen un referente al momento del tratamiento del feminismo y el género tanto a nivel nacional como internacional, por lo que su revisión en un trabajo de este carácter es pertinente.

Recopilación de datos

Los datos presentados son cualitativos y la recopilación de información parte de técnicas de investigación documental, por ello se consultaron materiales tanto impresos como digitales, entre los que se encuentran libros, artículos y revistas científicas.

Análisis de información

El trabajo, al ser de carácter teórico, se sirve de los métodos analítico y hermenéutico para el tratamiento, análisis, interpretación y comprensión de la información.

Resultados y Discusiones

Feminismo y género, hacia la visibilización de otras historias

El feminismo, en singular, remite a una cuestión abstracta, a un pensamiento crítico que ayuda a visibilizar a las mujeres como participantes activos de la historia, al tiempo que propone la comprensión de las diferencias y su respeto, porque reconoce que el mundo de los asuntos humanos es plural. Además, busca transformar las relaciones de poder entre hombres y mujeres para eliminar las múltiples formas de violencia, exclusión y subordinación. El feminismo es también una manera de hacer política que apela por la libertad y la justicia. Como corriente teórica, interroga los vacíos y silencios, habla de las desigualdades económicas, políticas, sociales, educativas y culturales que marcan las vidas y los cuerpos de mujeres y hombres. Como movimiento político y social, se apropia de las calles y expresa sus demandas desde diversas trincheras. Por lo anterior, es posible hablar de feminismos, de manifestaciones y cursos de acción diversos, con inclinaciones y repertorios determinados.

Millán (2020) señala la emergencia de feminismos adjetivados los cuales tienen expresiones múltiples. Esto a raíz de que quienes luchan lo hacen desde realidades particulares y específicas. Así pues, las diferencias marcan las demandas y las estrategias. La tarea aún pendiente consiste en hacer de ellas no una fractura, sino un punto de encuentro. Ver en la diversidad y la pluralidad condiciones para la lucha política lleva a abrir el diálogo no para concretizar respuestas, pero sí para generar interrogantes. Si bien los feminismos tienen distintos acentos, existe una denuncia común de la estructura de dominación patriarcal. Por eso es posible decir, tal y como señala Teroba (2021), que se trata de “una lucha que va más allá de las fronteras políticas” (p. 11). El juego de fuerzas que se da entre los feminismos se encuentra atravesado por tensiones y disputas que tornan difícil la posibilidad de confluencia. Empero, la reivindicación de los derechos de las mujeres y la visibilización de las violencias múltiples es una constante.

La teorización/acción de los feminismos sigue diversas rutas y presenta diferentes demandas, pero todas buscan transformar las condiciones de vida, la reconfiguración de los espacios y la obtención y el respeto de derechos. En función de que el mundo cambia, la movilización también adquiere otra cara; no es la misma que hace cien o doscientos años. Existen nuevos lenguajes y estrategias, otros actores y luchas diversas que van desde el reconocimiento del trabajo reproductivo hasta la defensa del medio ambiente. Por ello, se antoja necesario mantener una mirada crítica hacia la realidad en su efectualidad y dar cuenta de la pluralidad de formas que la componen, así como de la diversidad de modos que existen para ser mujer y hombre, los cuales

son polifacéticos y cambiantes y por eso mismo no encajan dentro de la concepción tradicional que ha sido adjudicada a cada sexo. Al respecto, Valencia (2021) señala que “las características ‘exclusivas’ de los sexos no existen como tales, sino que pueden jugarse en una combinatoria que abre las posibilidades a un nuevo discurso y una nueva forma de ejecutar la acción” (p. 200). Por ello es necesario hacer frente a los procesos de normalización a los que se ve sujeta la sociedad. Solo al visibilizar las diferencias es que queda de manifiesto la multiplicidad de singularidades que dan forma al mundo.

Con todo, es preciso señalar que aquellos que han ocupado una mejor posición en el marco de esta lógica binaria de división de los sexos han sido los varones. Las mujeres han estado excluidas de la vida pública. A lo largo de la historia sus derechos civiles y políticos se han visto limitados y, aún hoy, en la segunda década del siglo XXI, continúan haciendo frente a prejuicios y descalificaciones, a concepciones arraigadas en la imaginación social que ponen en duda su capacidad de discernimiento, a prácticas que refuerzan las inequidades económicas y, en general, a una multiplicidad de exclusiones e injusticias. Esto es así porque ha existido -y existe- una doble moral a partir de la cual se juzga a mujeres y hombres. El rasero con que se valora a cada uno dentro del sistema patriarcal es distinto, situación que ha terminado por hacer de las diferencias desigualdades.

Desde lo cultural y lo simbólico se han establecido distinciones entre los sexos. Cada época ha determinado parámetros sobre el ser y hacer de los seres humanos. Según Teroba (2021), “las restricciones sobre nuestro cuerpo limitan nuestro actuar al cumplimiento de roles sociales asignados desde el nacimiento, que implican exigencias imposibles de ignorar” (p. 7). Y si bien es cierto que algunos experimentan modificaciones con el transcurrir del tiempo, no es menos cierto que otros aspectos, aquellos que conforman el núcleo duro de una cultura, permanecen y llevan a pensar que son una cuestión natural y no socialmente construida. Por ello el feminismo, con ayuda de la categoría analítica de género, cuestiona no solo el orden social, sino también el patriarcal y el simbólico.

El género es una construcción sociocultural prescriptiva asentada sobre el sexo que revela las desigualdades entre hombres y mujeres. En tanto constructo, se encuentra sujeto a la interpretación sociohistórica; por ende, no es estático, se redefine históricamente. El sexo como realidad anatómica ha sido traducido en desventaja social. A decir de Millán (2020), “la diferencia sexual (hombres/mujeres) constituye el origen del ordenamiento social; el sistema sexo-género es así una precondition de existencia de la sociedad, su fundamento” (p. 213). En este entendido, el género es una dimensión humana que está presente en todo y que abarca tanto a mujeres

como a hombres. Sin embargo, es lugar común aplicar el término género como sinónimo de mujeres, dejando con ello a un lado el hecho de que los varones también se encuentran marcados por él.

Género y poder guardan una relación estrecha. Se estigmatiza a quienes no cumplen con las identidades dominantes, sean varones o mujeres. La existencia de expectativas respecto a los sujetos ha llevado a fijar roles y características en torno al ser hombre y al ser mujer. La socialización de esos estereotipos que envuelven y enmarcan ha mantenido la tendencia de cosificar a las mujeres, a ver en ellas objetos sexuales que pertenecen a la esfera privada y cuyas historias han sido silenciadas. La exclusión de las mujeres en el relato de las hazañas y proezas que han hecho y dado forma al mundo lleva a pensar en lo que Adichie (2009) denomina el peligro de la historia única. Reducir a los pueblos y a las personas a un rasgo, encasillarlos a partir de una imagen y sobre la base de una única característica, implica la negación de otras narrativas por parte de aquel o aquellos que son detentores del discurso.

Según Adichie (2009), “es imposible hablar sobre la historia única sin hablar del poder” (p. 3). Quien narra lo ejerce. Al decir la historia del otro se niega la posibilidad de narración desde sí mismo. Por ende, quedan en el aire y entre las sombras un sinnúmero de relatos ya sea por un marcado interés o por una pretendida ignorancia. El hecho de narrar ciertas historias en detrimento de otras implica la negación, supresión y reproducción de elementos que son parte de la totalidad y no la totalidad misma. El acto de narrar parte de la mirada. Desde dónde se mira y cómo se mira son elementos que fijan las voces autorizadas al tiempo que estas mismas dejan al margen a aquellas que no lo son. A partir de ahí se justifican las relaciones de poder y subordinación que dan forma a lo social.

La historia única que de ello resulta establece imágenes sobre lo que se espera que sean hombres y mujeres. De ahí que sea posible decir que “el entorno social y político limita o conduce nuestro actuar, algunas veces mediante la coacción, otras mediante la mirada vigilante de la sociedad, o por nuestra propia conciencia que interioriza estos mandatos” (Teroba, 2021, p. 9). Esto es así porque se fija la mirada en ciertas características mientras que se soslayan otras tantas. Sin reparar que los estereotipos, por sí mismos, son cortos de miras, acotan y reducen la pluralidad humana a un puñado de elementos validados por la voz dominante. Con ello, se deja a un lado el hecho de que el ser humano es producto de múltiples historias y que esa variedad es justo lo que hace que el mundo, entendido desde la perspectiva arendtiana como aquello que separa pero que también une, sea posible.

Las historias, dice Adichie (2009), “se han usado para despojar y calumniar, pero las historias también pueden dar poder y humanizar. Las historias pueden quebrar la dignidad de un pueblo, pero también pueden reparar esa dignidad rota” (p. 6). Ahí radica el poder de la narrativa. Por un lado, niega historias; por el otro, da lugar a otras formas de ser. Si bien Adichie habla de historias de pueblos, su análisis puede trasladarse a las historias de grupos históricamente subordinados y excluidos, en este caso, las mujeres. Narrarse desde sí mismas permite la construcción de otras narrativas. Esto no solo es posible, sino deseable. Es más, resulta necesario para reconfigurar el entramado social, así como para tender puentes entre diversas personas. Esta tarea implica arropar las diferencias y colocarlas en el centro de la discusión.

Sin embargo, en el marco de la modernidad realmente existente (Echeverría, 2019) la indistinción e instrumentalización de los cuerpos es constante. La negación de cuerpos distintos, con características diferentes al *grosso* de la población, abre las puertas para que el anonimato entre y se haga sitio. La ausencia de ciertos cuerpos en la esfera pública y política no es sino una muestra de las trabas a las que se enfrentan los individuos para movilizarse. La condición de anónimos que encarnan deja al descubierto el olvido deliberado que se ejerce sobre determinadas otredades. Con ello, se desvanece la posibilidad de devenir alguien. Según Arendt (2006), “el alguien está ahí para proteger la creación; el nadie puede destruirla. Cuando la hayamos destruido y alguien nos pregunte, responderemos: nadie lo ha hecho. Es el desierto de la nada, poblada por el pueblo del nadie” (p. 504). Para no caer en el desierto, es necesario reconocer las singularidades y las diferencias. Abrazar la pluralidad es rebelarse. Lleva a mostrarse en el espacio público e incidir en él. La irrupción desde los cuerpos que a lo largo de la historia se han considerado abyectos, tiene como antesala la asunción del cuerpo como propio, como un elemento que, para poder ser, precisa de otros cuerpos tan distintos como lo es él mismo.

Es a partir de la distinción, entonces, que la irrupción en el espacio público es posible. El movimiento de los cuerpos, su cooperación y acción conjunta, permite redibujar la vida social. La unión de los diversos posibilita la continuidad de la existencia o, para decirlo con Kropotkin (2020), “la sociedad humana, sin la ayuda mutua, no podría ser mantenida más allá de la vida de una generación” (p. 277). Las diferencias de cultura, raza, género u orientación sexual no reducen el marco de la acción, por el contrario, lo ensanchan. El eclecticismo presente en lo social es muestra de la potencialidad con que se cuenta para modificar el devenir. La movilización social es posible gracias a la colaboración de singularidades. Sin el apoyo mutuo desencadenado por el miedo a perecer, la formación de una comunidad política no sería posible.

Política y pluralidad: el eco de las voces, la presencia de los cuerpos

Problematizar las historias únicas lleva a develar aquellas que permanecen entre las sombras, atravesadas por matrices de opresión. Esta última -la opresión-, puede darse a partir de elementos tales como la raza, el sexo, la clase y/o la orientación sexual, dando como resultado cuerpos marcados por relaciones de poder y dominación que permanecen al margen de lo aceptado y escuchado. Son cuerpos excluidos de privilegios, que se encuentran fuera de la norma. Constituyen “un ser que ‘no está ahí’ existiendo, entonces emerge la producción de cuerpos liminales que no son seres legítimos para la modernidad” (Villa, 2020, p. 245). La exclusión de la diversidad lleva a la ruina de la política -cuyo sentido es la libertad-, la cual presupone la existencia y confluencia de un sinfín de cuerpos y de posicionamientos respecto al mundo.

En este entendido, es importante tener presente que los cuerpos se encuentran marcados por y se mueven entre relaciones de poder. El cuerpo se convierte en una arena de lucha que encarna estereotipos y prejuicios. Pero a partir de él también es posible emprender el embate contra el poder y ante el sistema patriarcal que fija la supremacía de los hombres sobre las mujeres, de lo masculino sobre lo femenino, en aras de reconfigurar las relaciones sociales y con ello la esfera política. Según Foucault (2022), “si la lucha es contra el poder, entonces todos aquellos sobre quienes este se ejerce como abuso, todos los que lo reconocen como intolerable, pueden emprenderla en el lugar donde se encuentran y a partir de su actividad (o pasividad)” (p. 140). Esta tarea implica asumir la responsabilidad ante la vida, no solo la propia, sino también la de los otros; requiere de la identificación y el reconocimiento de distintos modos de ser, no solo el que Occidente ha fijado y reproducido a partir del relato de la historia única.

En sentido foucaultiano, las relaciones de poder no triunfan por completo y de manera irrevocable, son más bien reversibles y abren la posibilidad de resistencia y agitación perpetua. Por ello los movimientos feministas y de mujeres alzan la voz, se tornan protagonistas del relato y construyen otras historias. Estas nuevas narrativas invitan a la desnaturalización de las desigualdades y exclusiones, cuestionan las formas tradicionales y apelan por la construcción de otras sociedades, unas en las que el miedo y la violencia hacia lo diverso no sean el eje, en donde el respeto a las diferencias constituya el punto de partida para la generación de prácticas culturales que no encorseten, sino que permitan la manifestación de los múltiples modos de ser mujeres y hombres.

En este orden de ideas, el feminismo es un relato *del* mundo y que *hace* al mundo. Lo es *del* mundo porque narra la vida en sus múltiples esferas y señala que este ha tenido -y aún tiene- un

rostro masculino, reproducido y legitimado por instituciones como la familia, la sociedad y el Estado (Millett, 2010). El sistema patriarcal que contribuyen a perpetuar refuerza a partir de prácticas culturales los roles de hombres y mujeres; con ello, su capacidad de elección se ve acotada porque, para pertenecer a la sociedad y no ser excluido, es preciso ceñirse a sus parámetros y exigencias. El feminismo *hace* al mundo en tanto en cuanto visibiliza los cuerpos y escucha las voces históricamente negadas y colocadas en los bordes. Con esto pone en jaque la historia única e invita a la (re)construcción de lo que ha sido callado e invisibilizado. El pasaje del silencio a la palabra implica dar cuenta de relatos marcados por violencias y marginalidad múltiple, por procesos de exclusión y dominación. Además, abre la posibilidad a nuevas narrativas que permitan reflexionar de forma crítica sobre la condición humana, poniendo el acento en las vidas de las mujeres.

No nombrar aquello que se sucede en la cotidianidad es dar pie a un vacío discursivo que deja en el aire discusiones tan elementales como la violencia, el ejercicio de injusticias o la aplicabilidad de dobles estándares bajo la supuesta idea de la salvaguarda de derechos. Por ese motivo es relevante la “ocupación-manifestación-visibilización de la disidencia tanto en el espacio público como en el espacio privado y en el espacio académico” (Valencia, 2021, p. 207). Solo a partir de ella se nombra la brutalidad, la exclusión y la jerarquía que impregna la vida en sus múltiples esferas. En el proceso, la distinción se hace manifiesta a partir de la acción y la palabra, elementos que contribuyen a la formación de la personalidad y que llevan a hablar de alguien y no de algo. Saberse poseedor de derechos y responsabilidades implica la idea de vivir en un mundo, en un espacio compartido marcado por libertades, pero también atravesado por obligaciones. Por ese motivo, el feminismo mira hacia direcciones y tiempos múltiples, porque reconoce la existencia de condiciones tan disímiles como diversos son los asuntos humanos.

El feminismo como teoría política implica una toma de conciencia ante la opresión al tiempo que posibilita la comprensión de la realidad efectual, habitada por grupos sociales vilipendiados que, si bien en lo formal gozan de derechos y libertades, en el plano de lo cotidiano eso no es así. Por ello es necesaria la lucha a partir de los cuerpos diversos, para visibilizar las injusticias y violaciones, la rabia y el enojo, porque, tal y como señalan Gómez y Velasco (2024), “nunca la política ha sido un terreno ajeno a la pasión” (p. 11), por el contrario, su ejercicio se encuentra marcado por ella. El juego político y la disputa que de él se deriva lleva a la exigencia de respeto, de derechos, de la salvaguarda de la existencia y del reconocimiento de una diversidad de historias. El feminismo en sus diversas manifestaciones, y más allá de sus coincidencias y disimilitudes operativas, se encuentra atravesado por la preocupación política en torno al mundo, al cuerpo y a la vida.

Los movimientos de mujeres se asuman como feministas o no, son muestra de una gran gama de experiencias e intersecciones, de trayectorias diversas que, más allá de eso, convergen en la idea e intención de perseverar en el ser, de extender la existencia. Extenderla no para reproducir prácticas que trastoquen la dignidad, sino para garantizar derechos y limitar privilegios. La intención es mejorar la vida en sus múltiples esferas a partir de la construcción de espacios abiertos a la diversidad en los que el cuestionamiento de los roles de género dé lugar a otras formas de reproducción y producción, a nuevas maneras de interacción y, en general, permita contar diversas historias que reflejen la totalidad.

Para Pimentel (2020), “*dar cuenta, narrar, relatar* un acontecimiento implica la precedencia, parcial o total, de dicho acontecimiento [...] entre lo acontecido y el acto de narrar existe una distancia temporal necesaria [...] pues narrar presupone *algo* que narrar” (p. 16). Al ser esto así, se entiende que las diversas manifestaciones de vida están ahí, esperando ser narradas, visibilizadas y (re)significadas. Esto porque el mundo social es un espacio de relaciones que no puede ser visto desde una sola óptica. Reducirlo a una perspectiva es un acto violento en contra de cuerpos, de voces que de igual forma están y resisten por más de que se busque su obliteración. Encontrar lugares comunes es ver que existen dolores y deseos compartidos. Es notar que lo que une es mayor que aquello que separa.

Cuestionar y problematizar la realidad es un punto de partida para reconfigurar lo social y no reducir la experiencia de lo humano a la de los varones. Reflexionar sobre la historia y el mundo en su inmediatez se torna como una responsabilidad ineludible para visibilizar las relaciones de poder, dominación y subordinación que lo aquejan. Son entramados que están ahí, atravesando los procesos de socialización pero que, a fuerza de su reproducción, pasan de largo. Sin embargo, esto no quiere decir que no generen un impacto, por el contrario, producen violencia directa, indirecta y simbólica en contra de los otros que habitan la periferia. Para Millán (2020), el primer otro es femenino, pero también están el bárbaro, el extranjero, las personas homosexuales, discapacitadas, migrantes y demás cuerpos que contravengan la visión del mundo occidental. En torno a ellos se han erigido prejuicios y fijado miradas y palabras que tienen la función de agraviar y excluir, de resaltar las diferencias como algo negativo.

Para Arendt (2019a), “el peligro del prejuicio reside precisamente en que siempre está bien anclado en el pasado y por eso se avanza al juicio y lo impide, imposibilitando con ello tener una verdadera experiencia del presente” (p. 52). Los prejuicios no dejan ver que los tiempos son otros, que han cambiado y, en consecuencia, las personas también. Los retos, intereses, necesidades y demandas no se reducen a los de otrora, por lo que la concepción del mundo no puede ser la

misma. Los cuerpos que irrumpen en la esfera pública lo hacen desde la singularidad y la diferencia. A pesar de compartir preocupaciones con movilizaciones anteriores, los acentos se colocan hoy en otros lugares. La lucha no se reduce a la participación político-electoral; el abanico va desde la despenalización del aborto hasta la disidencia sexual, pasando por el reconocimiento del trabajo de reproducción de la vida como reproducción de la fuerza de trabajo, a la (re)valorización y apropiación del propio cuerpo.

En esta tónica, se reconoce que la pluralidad es fuente de enriquecimiento y la base de toda vida política. Si bien existen corrientes teóricas y movilizaciones que apelan por este principio, persisten prácticas sistémicas y sistemáticas que mantienen en desventaja al *grosso* de la población y en el privilegio a un sector no menos significativo. A partir de ello “ciertas vidas son llevadas a la marginalización, despojadas de humanidad y presionadas para sucumbir ante la normalización como estrategia capitalista y patriarcal que impone su control sobre los cuerpos, el deseo y las sexualidades” (Villa, 2020, p. 244). Así pues, la dominación y exclusión permanecen enmascaradas en las sociedades democráticas bajo el discurso de la libertad que ofrece el mercado. La realidad en su efectualidad deja ver que quien sale beneficiado por la venta de la fuerza de trabajo y el consumo desmesurado es el modelo neoliberal y no, como se hace creer, el individuo mismo.

El sistema económico imperante se mantiene a costa de la vida. En él, los cuerpos son descartados con facilidad y desechados una vez que han cumplido con su función y ya no son requeridos en el proceso de reproducción del capital. A la luz de esto se infiere que los cuerpos no tienen el mismo valor. De un lado, están aquellos atravesados por opresiones; del otro, los que gozan de privilegios. La mercantilización de los cuerpos en el marco de la modernidad efectiva o realmente existente es una constante. Las perversiones del mercado llevan a lucrar con la vida y a hacer de ella y del cuerpo mercancías entre tantas otras. El capitalismo arrasa con la diversidad y abraza la homogeneización. Al buscar el utilitarismo, no se preocupa por lo que desde la singularidad se pueda aportar, su eje es el incremento de la tasa de ganancia a costa incluso de la existencia.

Para hacer frente a esta situación son necesarios cambios no solo legales sino estructurales que lleven a otras prácticas culturales y asesten un golpe al sistema patriarcal. Recuperar la idea de Millett (2010) respecto a que lo personal es político se torna crucial. Esto porque se vive en entornos compartidos en donde la presencia de cuerpos diversos es justo la que hace posible el ejercicio de la política. Desde la perspectiva arendtiana esta última trata del estar juntos con y a pesar de la diversidad. Solo así es posible cambiar algo, desde la unión de singularidades que apelen por el bienestar general y por la vida. El feminismo, más allá de sus múltiples

adjetivaciones, tiene como punto de partida la salvaguarda de la existencia, la defensa de la libertad y la lucha por los derechos, lo cual se traduce en la consecución del bien común, de ahí su anclaje con la política.

A decir de Arendt (2019a), “la política organiza de antemano a los absolutamente diversos en consideración a una igualdad relativa” (p. 46). En este entendido, se reconoce que los seres humanos son distintos entre sí, pero no por ello sujetos a marcos legales diferentes. Si bien la base de las sociedades modernas es el reconocimiento de la dignidad humana, esto es, de su derecho a tener derechos, en lo fáctico no siempre sucede así. La correspondencia de derechos y el respeto a las diferencias permanecen como letra muerta. Resalta, en cambio, el ejercicio de violencias, la práctica de actos discriminatorios y la vulneración de las libertades, así como la reproducción de prejuicios y estereotipos que funcionan como barreras para la conquista de la igualdad tanto en términos legales como en el ejercicio cotidiano. Por ello la lucha a partir de la acción y el discurso continúa y crece. La formación de cuerpos sociales y políticos con intereses diversos y expresiones múltiples contribuye a la reconfiguración de las relaciones sociales y a la resignificación de la condición humana que, siguiendo la perspectiva arendtiana, no está acabada ni es fija.

La movilización que resulta de la distinción permite defender particularidades y reivindicar cuerpos. Cuerpos como potencialidades que irrumpen y transforman el espacio público. La condición de irreductibilidad de los cuerpos lleva a pensar en el papel preponderante que las singularidades y la pluralidad juegan en la búsqueda de mejores condiciones de existencia. La consecución del bien común tiene mayor solidez cuando los cuerpos individuales permanecen juntos para formar un colectivo que puede devenir en político. Por lo tanto, “tener conciencia de esa fuerza que pueden obtener a través de la práctica de la ayuda y el apoyo mutuos, y del placer que se puede hallar en la vida social” (Kropotkin, 2020, p. 21), se antoja necesario ante un entorno violento y precario como el actual. A pesar de las dificultades que enfrenta la movilización, apelar a la potencialidad de otras potencias es necesario y acuciante.

La existencia de cuerpos en constante movimiento permite la lucha y asienta las bases para el cambio social. Por ello, irrumpir en la esfera pública y política a través de la condición humana de la igualdad y la distinción (Arendt, 2019b) es una urgencia. Si bien las necesidades, injusticias, violencias y demás afectaciones son las que evocan la movilización social, este proceso se ve acompañado de rabia, enojo, tristeza e incluso alegría. Los afectos llevan a mostrarse y a buscar la reorientación del sentido de la vida. Repensar el mundo desde la singularidad requiere positivar, esto es, nombrar las injusticias y vejaciones, la violencia cotidiana y la exclusión

múltiple. Implica reconocer que el mundo no es homogéneo, sino diverso. La pluralidad de cuerpos y pensamientos que lo conforman, aunque es capaz de establecer límites a los poderes hegemónicos, también se enfrenta a conflictos y desazones.

Las movilizaciones de los cuerpos históricamente subordinados encuentran contrapesos ante los intereses de los sectores privilegiados. Por esta razón, es preciso no perder de vista que el proceso de resistencia y lucha que emprenden no siempre alcanza los objetivos deseados. No reconocer esto sería una lectura incompleta de la movilización social. A pesar de ello, la acción a partir de distintas trincheras no cesa. Y no se detiene porque, como señala Foucault (2022), “el poder transita por los individuos, no se aplica sobre ellos” (p. 239). En ese sentido es que existe siempre la posibilidad de hacer frente a las condiciones de sujeción. Aprovechar los resquicios es una vía para construir otro tipo de espacios y de relaciones en los que la lucha sea permanente y el cuestionamiento al poder establecido una constante. En tanto, ha de recordarse que los individuos son afectados de diferente forma en función de cuerpos exteriores y que, por ello, sus demandas y necesidades también son variadas. Sin embargo y a pesar de eso, es posible llegar a convergencias. El ejercicio de la política, desde este punto de vista, se da con, a pesar y a causa de las diferencias.

Tsunami feminista. El peso de la sangre, lo simbólico del *glitter*

Todo tiempo deja lugar a la lucha y, el de hoy, no es la excepción. La creación de nuevas posibilidades, de otros espacios y diferentes relaciones, ha sido posible gracias a distintas movilizaciones e ideas compartidas. El cuestionamiento de las relaciones de poder asimétricas, del incremento de la violencia en sus múltiples expresiones, de las diferencias de género que devienen en subordinación, de la invisibilización y no reconocimiento, de las prácticas discriminatorias que hacen de las particularidades algo inaceptable e inadecuado, de las condiciones de precariado en que vive más de la mitad de la población, así como de un largo etcétera, ha llevado a la ocupa del espacio público por parte de cuerpos diversos, al tiempo que ha propiciado la crítica desde distintas trincheras analíticas y conceptuales.

Son cuerpos incómodos (Azahua, 2020) que se muestran, rebelan y manifiestan en el espacio público para hacer la vida vivible, para exigir justicia y respeto. Son cuerpos que tienen la osadía de cruzar fronteras y luchar por la reconfiguración de las relaciones sociales y de poder cuestionando la tradición y señalando la facticidad de la diversidad. La eclosión de la movilización de las mujeres y de quienes se suman a la denuncia de opresiones múltiples contribuye, en cierta medida, al cambio social, cultural y político. Puede que los resultados no sean inmediatos, pero

al menos dejan huella y hacen eco. El juego de fuerzas al que se enfrentan se torna como una cuestión política porque lo que está en disputa es nada menos que la reproducción de la vida.

Buscar la reivindicación de derechos y libertades es posible a partir del eco, de la expansión de las voces de quienes habitan en los bordes por encarnar características inaceptables en el marco del sistema patriarcal. Estos, a decir de Millán (2020), “son un sujeto político múltiple ya no solo por su interseccionalidad, sino también porque cuentan con legados históricos y herencias múltiples y que se recrean continuamente a un solo tiempo” (p. 227). En consecuencia, sus demandas son diversas como también lo son sus cursos de acción. Se trata de cuerpos que tienen heridas que los llevan a la lucha, a levantar la voz y a apropiarse de los espacios públicos, de las plazas, monumentos y demás lugares y objetos que les sirvan para visibilizar la rabia e indignación, la (des)esperanza y el enojo.

La resistencia y movilización de los cuerpos, entonces, se encuentra mediada por las pasiones, las sensaciones y la razón. Si bien los individuos son sujetos deseantes, también son pensantes. A partir de estas dos características es que se logra reorientar la organización social. La fuerza de los cuerpos diversos, por tanto, es la que hace posible el mundo, el cual no está determinado y, como tal, puede cambiar y afectar el curso de la vida. Las afectaciones llegan a los cuerpos y los incitan a movilizarse, a alzar la voz para expresar sus demandas y a actuar para modificar sus condiciones de existencia. Según Gómez y Velasco (2024), “las fuerzas afectivas de la rabia, la esperanza o la indignación que le mueven, le afectan e, incluso, le convierten en sujeto político” (p. 11), constituyen un punto de partida no solo para la acción, sino también para la inacción. Por consiguiente, la movilización es muestra de insatisfacción, frustración y enojo, pero también de alegría, amor y compasión. Además, visibiliza el descontento ante el tiempo hostil y excluyente en que se vive, a la par que busca la construcción de espacios abiertos a las singularidades.

Sin embargo, irrumpir en el espacio público, hacer que la polivocidad se escuche y los cuerpos diversos sean visibilizados, no es tarea sencilla, sobre todo en una época en la que la violencia es multidimensional, la exclusión sistémica y la dominación sistemática. Al sistema capitalista no le interesa la capacidad de acción y discurso de los individuos, sino su disposición a adquirir mercancías y a venderse como una. Al capitalismo no le preocupa el pauperismo en que se encuentra más de la mitad de la población a nivel mundial, lo que le importa es la creación de fantasías. Como sistema que nació de la desmesura, se ha encargado de pulverizar la idea del deseo como posibilidad, como elemento que lleva a modificar las condiciones de vida. En lugar de eso, lo ha ligado a la satisfacción de nuevas necesidades.

Así pues, el deseo de ser, de conservar la existencia, no es lo que busca el mercado capitalista. En la modernidad efectiva la preservación de los cuerpos no constituye un eje. Por el contrario, desde esa óptica, los cuerpos de los individuos son vistos como desechables, susceptibles de ser cambiados, cual valores de uso que, al cumplir con ciertas necesidades, dejan de ser útiles. La condición que adquieren a partir de esta visión restringe su capacidad de movilización. Al ver en ellos algo y no alguien, los despotencializan y alejan de la esfera pública. Sin embargo, son esas mismas afectaciones y vejaciones las que llevan a actuar. Las afectaciones del cuerpo, esto es, las influencias externas que alteran a los individuos y modifican su situación, constituyen *la* condición de su movilización. Las insatisfacciones e injusticias que los aquejan son el punto de partida para su actuación. En otras palabras, sirven como impulso para irrumpir en el espacio público. Sin afectaciones no existen cambios. Sin afectaciones no se produce la movilización.

Los afectos, por tanto, ocupan un papel central en la acción. Permiten sentirse incomodo con el mundo. Hacen pensar que otras condiciones de existencia son deseables, pero también posibles. Por lo dicho hasta aquí, es viable señalar que detrás de los afectos existe un posicionamiento político. Los afectos constituyen un resorte que impulsa la movilización y la crítica, la denuncia de problemas en distintas esferas de lo real, así como la asunción de mecanismos para el embate que van desde la tinta y el papel hasta la confrontación directa con el enemigo. Sea el medio que se elija, las burlas y descalificaciones respecto a ellos se hacen presentes. La respuesta de quienes pretenden mantener el orden existente fue, y sigue siendo, la hilaridad, el menosprecio y la indiferencia. La ceguera y sordera inducida ante la diversidad de cuerpos y voces es muestra del desdén hacia las reivindicaciones y denuncias de las subalternidades.

A pesar de que la crítica y las movilizaciones se encuentran atravesadas por la mofa y el descrédito, estas no paran. Se buscan las maneras y se inventan las vías para manifestarse. Surgen otras formas de protesta a la luz de los tiempos presentes, porque si no basta lo convencional, entonces se adoptan otras prácticas desde lo simbólico, desde la teatralidad. La acción grotesco-carnavalesca, a decir de Bartra (2014), tiene dos caras, una de ellas es pacífica, la otra, violenta, “su carácter y parafernalia festivos la alejan de la agresión física, pero su talante profanatorio se traduce en extrema violencia simbólica. Una protesta que no rompe un vidrio ni tira una piedra puede [...] denigrar [...] al poder” (p. 219). Y es ahí donde reside su fuerza, en la capacidad de poner en jaque y en evidencia al opresor.

El poder de la sutileza encarnada en lo simbólico para hablar del peso de la sangre, de los ríos de ella derramados por siglos a causa de violencias, opresiones e injusticias múltiples, es significativo. Las sutilezas, a decir de Azahua (2020), resquebrajan, por eso las pintas e

inscripciones en monumentos e instituciones públicas, las manifestaciones enmarcadas en humo morado y *glitter* rosa, los pañuelos verdes y los lazos naranja, que constituyen símbolos del movimiento feminista, incomodan. Molestan porque dan cuenta de lo común de la lucha y de la convergencia de ciertas demandas. Las formas simbólicas de la apropiación del espacio público y político son muestra de resistencia y defensa de la vida, pero también de descontento, inconformidad y rabia ante el estado de cosas que, pudiendo ser otro, no lo es.

El uso del *glitter* como arma que no mata, pero sí marca, visibiliza la lucha y la opresión. Constituye un símbolo de denuncia que invita a mirar aquello que se niega. Su intencionalidad y sentido es colocar los puntos sobre las íes en torno a un problema que en realidad no es nuevo, pero que no cesa, el de la violencia frente aquellos cuerpos que cuestionan el patriarcado y viven al margen de la heteronorma. Se trata de cuerpos liminales que apelan por la vida, el respeto y la obtención de nuevos derechos y libertades a partir de la (re)construcción de la memoria histórica porque entienden que el mundo se compone no solo de una historia, sino de un sinnúmero de ellas. La rebelión del *glitter*, al alzar la voz, iluminó aspectos que habían permanecido en las sombras y como parte de lo cotidiano: violencias e injusticias, exclusiones y discriminaciones. El hecho de que formen parte de la escenografía diaria no quiere decir que sean algo incuestionable, por el contrario, precisan ser visibilizadas y combatidas.

De ahí la importancia de redireccionar la vista y la reflexión en torno al respeto. Este, desde la perspectiva arendtiana, tiene que ver con la consideración hacia la persona por el hecho de serlo, independientemente de si existe con ella alguna relación inmediata. La posibilidad de acercarse al otro y unirse a su lucha se debe a que todos los cuerpos, de una u otra forma, son afectados por lo que acontece en derredor. Experimentar empatía e interés frente a los problemas que aquejan y erosionan el tejido social implica cambiar la mirada, ver con otros ojos algo que ha estado ahí desde hace tiempo, solo así se emprende el camino de la transformación y la denuncia de los actos que acaban con la vida.

El cómo miramos influye en la forma de entender el mundo. Hacerlo desde una perspectiva crítica implica dar cuenta de que la diversidad es fáctica. Por ello, comprender el valor de la pluralidad se torna imperioso. El reconocimiento de que la vida no se reduce a los binarismos y dicotomías impuestas permite romper esquemas y salirse del guion. No se trata de homogeneizar, sino de unir a partir de las diferencias. De recuperar el sentido de la política que es la libertad (Arendt, 2019a). Se requiere ser libre para aparecer y vivir en el espacio público, pero sin olvidar que en él coexisten otros cuerpos y modos de ver la vida y que son justo estos los que dotan de significado la propia existencia.

Participar por la libertad requiere de la asunción de una postura por la vida y frente a las violencias para a partir de ello emprender el embate. Al respecto, cabe señalar que la movilización tiene periodos de acción y latencia. El hecho de no verla en las calles no quiere decir que no exista o que haya dejado de ser. Las estrategias para incidir en la transformación de la esfera pública son diversas, como diversos son los cuerpos y las voces. Resulta paradójico que tanto la voz como el silencio, el aparecer en el espacio público y desaparecer de él, sirvan para la resistencia y la lucha. La voz y la apropiación física de espacios comunes para interpelar y denunciar de frente. El silencio y la ausencia como estratagema para gritar las injusticias y evidenciar el costo de las muertes y desapariciones. Lo simbólico que estas y otras acciones puedan resultar provoca incomodidad y molestia porque se prefiere cubrir la podredumbre que visibilizarla y criticarla.

Cierto es que las movilizaciones parten de distintas causas porque las afectaciones de los cuerpos son diferenciadas e irreductibles, además de que dependen del espacio y del tiempo. El contexto influye en el tipo de demandas, repertorios de confrontación y tónicas de la acción. A pesar de ser esto así, su lugar común es la vida, “la casa, el cuerpo, perdido, invadido, roto” (Azahua, 2020, p. 32). A partir de ello se irrumpe en el espacio y forma la unión desde la diversidad. La capacidad de ser actor, de añadir algo nuevo al mundo, es la antesala de toda manifestación. Su potencialidad radica en que tiene un inicio establecido y conocido, pero no un fin predeterminado. En el camino hacia los objetivos iniciales las cosas pueden cambiar y la lucha dejar de ser. Pero esto no es sinónimo de fracaso, sino de lo inesperado de la vida y de la fragilidad de los asuntos humanos.

La lucha de intencionalidades, más que aludir a la imposibilidad de la unión y la confluencia, es muestra de que la pluralidad es la condición sin la cual la política no puede ser. Por ende, es posible hablar de feminismos. De una multiplicidad de enfoques y corrientes que invitan a cambiar la mirada y a colocar el acento en otra parte. Comprender el mundo en su diversidad parte de la existencia de narrativas disímiles a partir de las cuales se puede incidir en lo social, político y cultural. La emergencia de otros actores habla de la necesidad de apropiación del ejercicio político y de lo polifacético de la lucha, de la ocupa de las calles y del uso de las redes sociales porque, si la credibilidad respecto a las vejaciones e injusticias es frágil, entonces se amplían los espacios para visibilizar las demandas.

De acuerdo con Azahua (2020), “la lucha de las mujeres incluye, pero también desborda; los feminismos, con sus matices múltiples, han sido como la puesta en aire de una parvada infinita” (p. 32). Entre las posibilidades y en función de las afectaciones de los cuerpos, se tiene la opción de unirse, o no, a tal o cual trinchera de lucha para hacer frente al sistema capitalista

heteropatriarcal que crea y reproduce procesos de exclusión y negación de otredades. Porque, recuérdese, el poder no es unidireccional ni inamovible, son relaciones que pueden ser subvertidas a partir del rechazo y la resistencia, del aprovechamiento de las oportunidades y los resquicios que el propio sistema ofrece y que los actores toman para cambiar el orden establecido y construir otras narrativas.

Las diferentes posiciones frente a los problemas de la precarización de la vida, las violencias y exclusiones, de manera inevitable se encuentran atravesadas por tensiones ya que distintos son los actores que les dan forma y diversas son también sus demandas centrales. Pese a esto, el foco en todas se coloca en la vida: sin ella nada, con ella todo. Tender puentes sólidos entre la gama de posicionamientos es una tarea inacabada de cuyo potencial es legítimo esperar cambios significativos. La existencia de posturas disímiles cobra sentido porque, como señala Millán (2020), “no hay un ‘colectivo mujeres’ *a priori*, sino que este se construye en medio de tensiones y disidencias, pero también de comunalidades en la desigualdad de lo común” (p. 215). Por ello, es posible ver distintas formas de lucha que se alejan de lo tradicional, pero que terminan señalando el peso de la sangre y del olvido como punto de partida para la construcción de nuevas narrativas que rescaten a las otras voces, a los otros cuerpos.

Conclusión

El feminismo es una narrativa *del* mundo y que *hace* al mundo. Por un lado, recupera el papel de las mujeres en la historia, sus vidas, voces y acciones, su incidencia y disidencia. Por el otro, a partir de sus diversas manifestaciones, permite visibilizar otras narrativas que, en conjunto, dan cuenta de la totalidad y rompen con la historia única. La posibilidad de narrarse desde sí y contar otro relato, ese que ha permanecido tras bambalinas y por debajo del oficial, abre la puerta a la eclosión de luchas diversas desde el sitio que se ocupa en el mundo. La mirada crítica que de ellas surge permite vislumbrar otros futuros, unos en los que la libertad constituya el eje y la pluralidad la base.

La adjetivación de los feminismos tiene un común denominador: los cuerpos que luchan. Que se mueven entre la acción directa y el simbolismo. Que salen a las calles pero que también se enfrentan a periodos de latencia. En tanto, no es posible decir que el sujeto de la lucha es el mismo que otrora. Este se renueva ante las exigencias del mundo. Son actores polifacéticos con ritmos e intereses variados, irreducibles a una sola esfera, pero con la idea común de modificar las relaciones de poder y dominación que dan forma al sistema imperante. El feminismo, en la

adjetivación que se prefiera, representa una propuesta teórica y un movimiento social y político que ataca el silencio y pugna por la reivindicación de diversos derechos.

Si bien de unos años a la fecha la movilización de las mujeres ha cobrado fuerza y se ha visibilizado, esto no quiere decir que en otras épocas no hayan existido movimientos de mujeres. Es solo que ahora las luchas se tornan más visibles gracias a los medios de comunicación y su poder de convocatoria. La apropiación de los espacios públicos a partir de distintas estrategias y a causa de intereses que van más allá de las cuestiones electorales, de clase y raza, da cuenta de la pluralidad que compone el mundo. Hablar de feminismo(s) y de las movilizaciones de mujeres en general, implica señalar la existencia de violencias y exclusiones múltiples y no solo poner en relieve las luchas por la igualdad y la búsqueda de derechos. Dejarlo en ese plano es muestra de una visión reduccionista, corta de miras, que no aborda los procesos de dominación sistémica y sistemática de la que han sido, y son, objeto las mujeres. Por ello, nombrar lo que sucede se antoja necesario, como apremiante también resulta el dotar de recursos conceptuales y teóricos rigurosos a las luchas para ayudar a la sistematización de las demandas y otorgar solidez a las otras narrativas, esas que hablan de los olvidos y la sangre, de la vida y el dolor.

Referencias

- Adichie, C. (2020). *Querida Ijeawele. Cómo educar en el feminismo*. Penguin Random House.
- Adichie, C. (2009). *El peligro de la historia única*. Penguin Random House.
- Arendt, H. (2006). *Diario Filosófico. 1950-1973*. Herder.
- Arendt, H. (2019a). *¿Qué es la política?* Ariel.
- Arendt, H. (2019b). *La promesa de la política*. Booket.
- Azahua, M. (2020). La rebelión de las Casandras. En G. Jauregui (Ed.) *Tsunami 2* (pp. 15-37). Sexto Piso.
- Bartra, A. (2014). Subversión grotesca de un *ethos* barroco. En L. Arizmendi (Coord.), *Bolívar Echeverría. Trascendencia e impacto para América Latina en el siglo XXI* (pp. 203-222). Instituto de Altos Estudios Nacionales.
- Echeverría, B. (2019). *Modernidad y blanquitud*. Era.
- Foucault, M. (2022). *Microfísica del poder*. Siglo XXI.
- Gómez, A. y Velasco, G. (2024). "Presentación". En Gómez, Antonio y Velasco, Gonzalo (Eds.). *Atlas político de emociones*. Trotta.
- Jauregui, G. (2020). Prólogo: el cuerpo en la línea. En *Tsunami 2* (pp. 9-13). Sexto Piso.

- Kropotkin, P. (2020). *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*. Pepitas de calabaza.
- Millán, M. (2020). Interseccionalidad, descolonización y la transcrítica antisistémica: sujeto político de los feminismos y “las mujeres que luchan”. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, (240), 207-232. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.2020.240.76628>
- Millett, K. (2010). *Política sexual*. Cátedra.
- Pimentel, L. (2020). *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. Siglo XXI.
- Teroba, O. (2021). Prólogo. En *Los cuerpos que habitamos. Ficción y no ficción sobre nuestro derecho a decidir* (pp. 7-13). An.alfa.beta.
- Valencia, S. (2021). *Capitalismo gore*. Paidós.
- Villa, Y. (2020). Ammarantha Wass: experiencia *trans-chueca* de una maestra en la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). *Nomadas (Col)*, (52), 243-255.10.30578/nomadas.n52a14